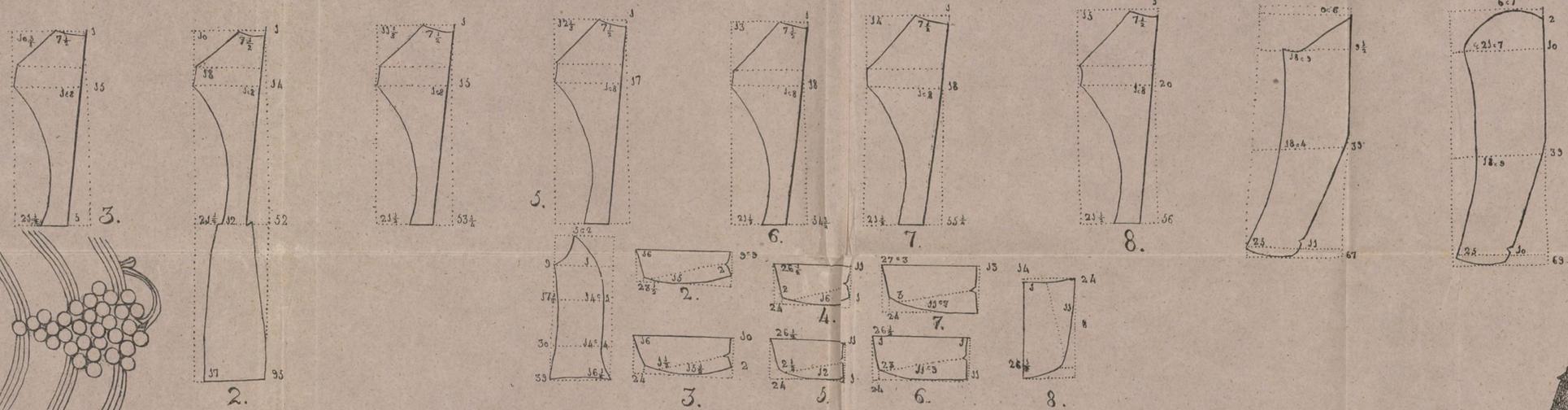


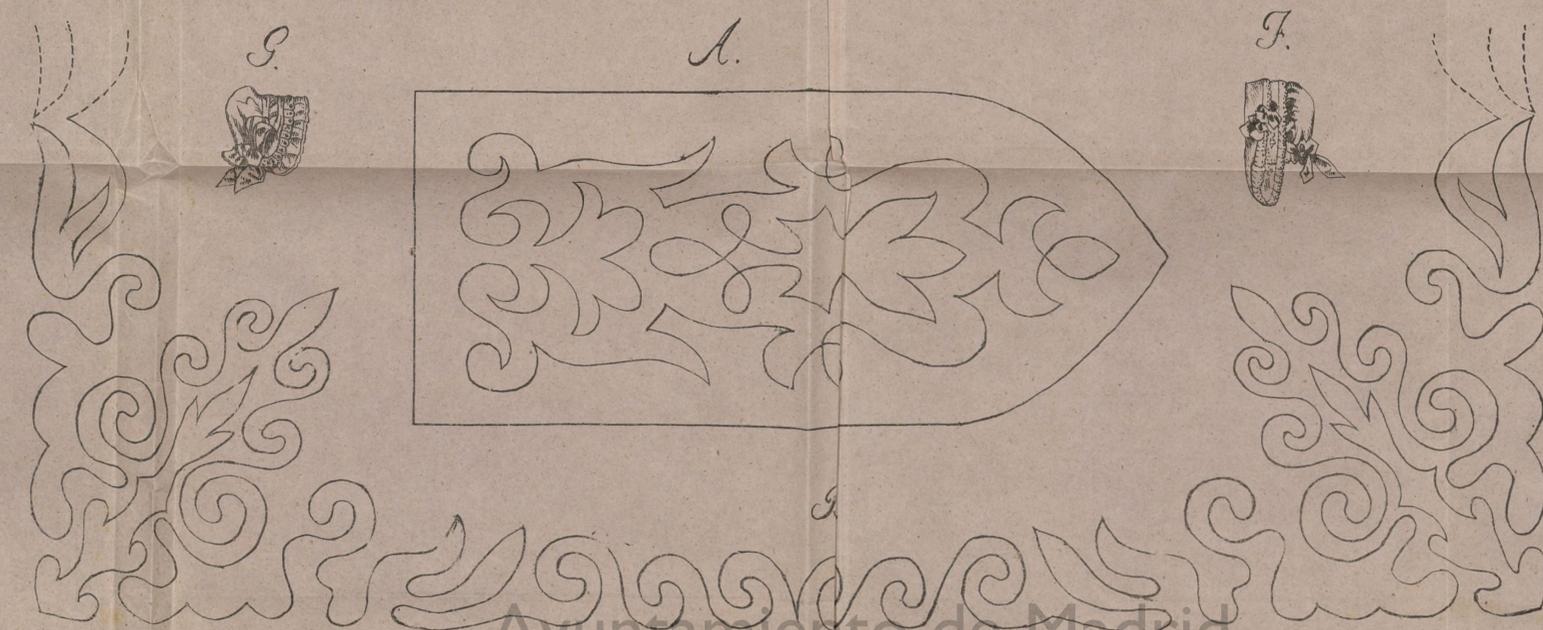
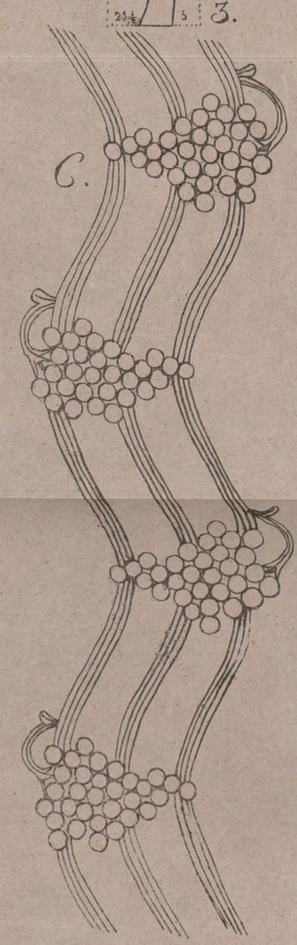
H.



AA = es



ja + D G



Ayuntamiento de Madrid

DELIRIOS.

Melodia Española

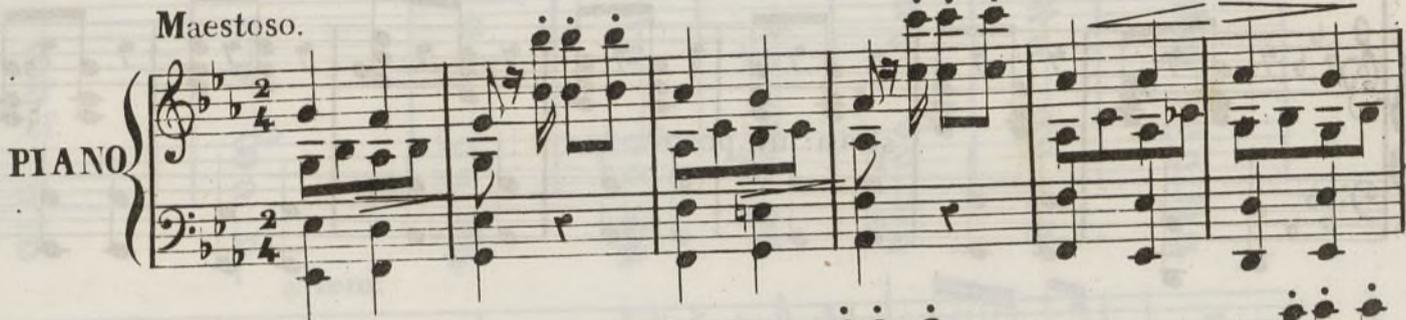
compuesta

Pr: 4 rs.

POR D. F. M.

Maestoso.

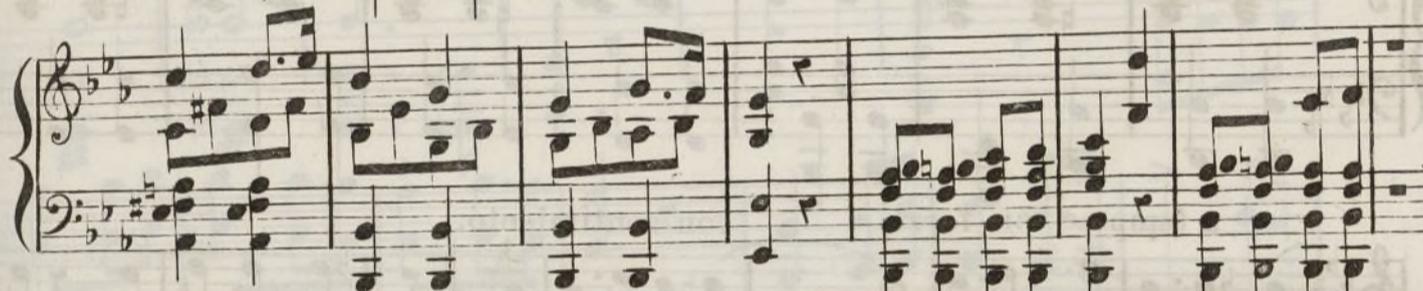
PIANO



The first system of the piano introduction is in 2/4 time, featuring a melody in the right hand and a bass line in the left hand. The key signature has two flats (B-flat and E-flat).



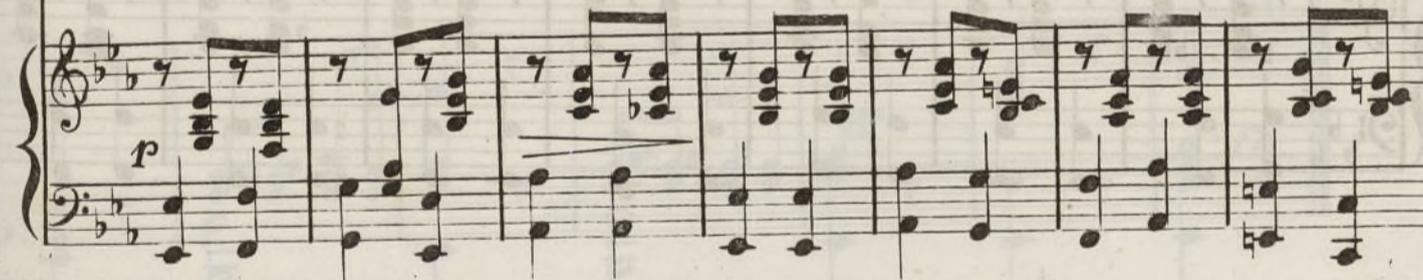
The second system of the piano introduction continues the melody and bass line from the first system.



The third system of the piano introduction concludes the introduction with a final cadence.

CANTO sotto voce e con sent.

Hu. boun di - a fa - tal que el hado adverso Lanzo ter - ri - ble barbaro ana -



The first system of the vocal entry and piano accompaniment. The vocal line is in the treble clef, and the piano accompaniment is in the grand staff. The piano part features a steady eighth-note accompaniment.

tema que de tu la - do her - mosa me arrancara que de tu la - do her -



The second system of the vocal entry and piano accompaniment, continuing the vocal line and piano accompaniment.

Elegancia Enero 1847.

strin: un poco.

mo_same arrancara y una tras o_tra de mi amarga pe-na y una tras

strin: un poco.

ritar

o_tra de mi amarga pe-na Su - ce - der-se las ho-ras contemplara

a tempo e con forza. con sentimiento.

Sin que pue-da mi al - - - ma mi al_ma Con_suelo ha-llar re-

po_soy dulce cal - - - ma con_suelo ha-llar re-po_soy dulce

cre - cen -

cal - - - ma. *rall:* con suelo ha - - - llar. *trem:* consuelo ha - - - llar re - po soy dulce cal - - - ma. *a tem:*

Hora en mi pecho renacer parece,
 El fuego ardiente que tu labio hermoso
 Con el mio al chocar grato encendiera
 En dia mas feliz y venturoso,
 Que por siempre Ay! de mi desapareciera,
 Mas hoy en torno mio
 Cruel tan solo veo tu desvio.

Hora recuerdo la amorosa queja
 Que injusta aleve y falsa dirijias,
 Al que solo en tu amor hallo ventura
 Gozandote al mirar que conseguias
 Mi dicha convertir en amargura,
 Y en tan acervo llanto
 Busco consuelo en vano mi quebranto.

2

Andante

mo me arrastra y una - tra - do mi amarga pe - da - yuna

La -

re - po soy dulce ca -

de - der se las ho - ras contemplara

que en mi pecho renacer pudiese.

El fuego ardiente que tu labio hermaso

Que injusta alevé fatalas divinas

Con el mio al chocar grado encendiera - Al que solo en tu amor hallo ventura

En las mas leix y venturoso,

Que por siempre A. de mi desapareciera. Mi dicha convertir en amargura

Y en tan sereno llanto

Busco consuelo en vano mi quebranto

Que hoy en torne mio

Quel tan solo veo tu desvan.

MODAS DE PARIS.

El gran concierto celebrado estos dias por la aristocracia parisien, en obsequio del bey de Tunez, era un centro, por decirlo así, donde se veian reunidos los caprichos y novedades mas notables que han salido de los talleres en la estacion presente: en ellos se notaba aquella gracia y sencillez que reunen la elegancia y el buen gusto. La mayoría de los trages eran guarnecidos de encajes, flores ó piedras preciosas: unos figuraban delantal, y otros abuecaban los lados, recogidos con alamares y con cordoncillo de plata. Faldas de crespon rosa y azul, con ricos adornos arabescos de perlas y bordados de oro y plata, resaltaban vaporosamente sobre ricos trages de satin blanco. Tambien se veian infinidad de adornos de satin, con boton de oro y siete bolantes de encaje negro. Los adornos *característicos*, bien lleven un gran nombre, ó bien un recuerdo histórico, han sufrido una gran reforma; como se advierte en el *petit-bord*, en el gracioso casquete y en el turbante. No hay duda que una sencilla guirnalda de flores hermosea y hasta rejuvenece á la persona que la lleva; pero si las señoras del gran mundo no protegen el lujo ¿cómo se ha de distinguir la aristocracia de la clase média?... Algunos artistas, sin duda por ahorrarse el trabajo de inventar, se han propuesto resucitar la moda antigua, y se los vé continuamente entre el polvo de sus archivos, escogiendo adornos históricos de *illo tempore*, que rejuvenecen y adornan al gusto de la época; pero conservando su tipo primitivo. Así es que ya se ven elegantes *sombreros* con largas plumas blancas; redcillas negras con graciosos ramos de rosas del Nilo; *petits-bords* con piñas de cuentas de América; gorros de terciopelo rojo de la India, azul del Asia, verde danés, colores esquisitos con mezcla de oro; medios-turbantes de terciopelo labrado rosa y azul de Siria, con lazos y botones flotantes; y turbantes de crespon blanco, rosa, paja ó limon, cubiertos de encaje con ramos de maragút. Tambien describiremos como unas de las últimas invenciones, el *casquete Dubarry*, precioso adorno que ha merecido la aprobacion de las personas de gusto. Este casquete, hecho de punto de Inglaterra, está festonado por la parte superior de la cabeza, fantásticamente, y cae sobre el cuello con un bolerillo de encaje; al rededor de la *Inglaterra* tiene una guirnalda de follage con rosas, cruzando un poco hácia enmedio.

El follage bronceado está muy en moda, como así mismo la rosa *Ispahan*, salpicada de brillantes.

Se usa mucho el encaje en los sombreros: la tela mas en voga es el terciopelo labrado de colores muy vivos, que se pierde en el tul. El verde oscuro, lila y malva, son colores muy aristocráticos.

Entre las novedades que han aparecido estos últimos dias, y que recomendamos á nuestras jóvenes elegantes, es la *Bagatela*. La Bagatela tiene las mismas atribuciones que el *coin du feu*, pero su forma es diferente; se usa para casa y para teatro, en reemplazo de la paletina de armiño, por haber esta perdido su distincion con motivo de la imitacion que de ella se hace. Su corte es como el de la pelegrina, y se hace de satin mosqueado ó acolchado; por abajo el picado imita con mucha originalidad el follage de bordado ó arabesco. Las bagatelas mas graciosas son las que se hacen de satin blanco con forro rosa ó azul; ó por el contrario, rosa ó azul y forro de satin blanco: generalmente se guarnecen de un magnífico punto de Alenzon. — El *sortie de bal tunecino*, de cachemira punzó, con mangas formando barbas orientales, otras mas pequeñas disimuladas y un gracioso capuchon picado y forrado de satin punzó, se guarnece con un galon de cachemira, figurando palmas azules ó violetas; esta guarnicion, que parece á primera vista un adorno muy sencillo, hecho por una mano hábil es de un gusto y de una coqueteria admirable é imposible de describir. — La *capa Catalina II*, de terciopelo verde con paletina de marta, y por último, el *sobre todo-milanes*, figurando una capa lisa de terciopelo castaña y guarnecido por abajo de dos magníficos encajes de Chantilly á la altura de 25 metros, gozan de mucha voga: las mangas tienen igualmente un volante del mismo encaje.

El color ceniza y rosa se emplea mucho en las capas de paseo; las mas preciosas son las que se hacen de paño de seda con un rico bordado menudo.

GERARDO Y EMILIA,

NOVELA.

LAS VENTAS DEL CASTILLO.

III.

El silencio que reina en la espaciosa estancia de la posada, interrumpido á veces con el lejano graznido de

alguna ave nocturna, es solemne. Parece presagiar aquella calma algún incidente grave, del mismo modo que una tranquilidad inalterable en la atmósfera suele augurar una horrible tormenta.

Apenas habria pasado la mitad de la noche, cuando tres golpes, dados con fuerza en la carcomida puerta; hicieron estremecer la estancia. Todos salieron del estado de paz en que se hallaban. Gerardo entreabrió sus ojos, y sin poder adivinar la causa, se sobresaltó instantáneamente. Fijó su atención toda en lo que se preparaba, y vió entrar dos hombres de siniestro aspecto, que llevaban de la brida sus caballos. Las escopetas venian colgadas de las mugrientas sillas, y con voz áspera saludaron á todos.

Después de acomodar las cabalgaduras en la cuadra; vinieron nuestros hombres á sentarse al fuego, mientras Gerardo instintivamente pensó en finir que aun dormia.

Sacaron los advenedizos sus navajas y tabaco, y mientras preparaban un cigarro, preguntó al posadero el mas fornido, cuyo traje consistia en un *marsellé* de paño toscó, si habia llegado un jóven de unos 19 años, moreno, de buenos ojos y con un leviton forrado de terciopelo, mas largo que su cuerpo.

El posadero repuso que no: que habia venido sí, un jóven, pero en mangas de camisa, acompañado de un muchacho, ambos descalzos, y á una hora que hacia imposible creer llegaran de Sevilla.

No era el recién-venido hombre que se satisfacía con una simple declaracion de este género, y así, en vez de quedar silencioso ó cambiar de conversacion y objeto, respondió casi entre dientes «Le veré. — Ese es, añadió el interrogado, señalando al sitio donde Gerardo, fingiendo siempre que dormia, tocaba ligeramente á su compañero, que desvelado tambien, osaba apenas respirar.

¡Todo se ha perdido!... murmuró Gerardo. Así era en verdad: apenas el recién-venido, con un farol en la mano, reconoció á nuestro jóven, cuando exclamó: «este es; hasta la camisa que tiene puesta la conozco, como que yo mismo se la he comprado.»

—Dejarle dormir cuanto quiera, que al despertar será la mia. Estas fueron las últimas palabras con que volvió á retirarse á su asiento el huésped.

Apenas se habia colocado al lado de la hoguera, el conde, lleno de curiosidad é interes, le dirigió la palabra, diciendo:

—¿Acaso sabe V. el motivo de lo que pasa respecto á ese jóven?

—Algo me sé, señor conde; pero temo quedar corto en mis noticias.

—Me interesa mucho su suerte. Me ha dicho llamarse Gerardo de Guzman.

—Así es la verdad, dijo el gañan, y es á lo que alcanzo un muchacho tonto; porque solo así podria estar tan enamorado de una buena pieza que nadie sabe cómo se llama.

—¿Acaso no tiene nombre?

—Sí, señor conde: tiene tantos, que no puede decirse cuál será el verdadero; aunque yo me temo que sea justamente el que ella haya callado toda su vida.

—¿Pero en Sevilla es conocida?

—Mucho, señor: mas que la Giralda, que se vé de todas partes. Creo que en la corte no lo fuese menos: desde allá ha venido con el señorito Gerardo, una hermana, que Dios me perdone si creo que lo sea, y dos muchachos, de los que uno es ese Leandro que está á su lado.

Llegaron á Sevilla á medio marzo, y pensaron sin duda vivir muy alegres, cuando una orden terminante condujo al pobre Gerardo á la famosa casa de los Toribios. El modo no hemos podido traslucirle; pero lo cierto es que la noche pasada, y hora de la *una*, el director de la casa avisó que no estaba el detenido en su calabozo; al punto busqué una persona cuyo nombre callarè, pero que sabia me daria noticia de todo, y con una orden del gobernador de Sevilla vengo á prenderle en donde quiera que le halle.

Los hijos generalmente son ingratos con sus padres, mientras se oponen á sus deseos; y Gerardo, para mí, se encuentra en este período. Mucho podria perder si aun tuviese cariño á esa muger fatal, que llama Emilia; su padre que lo vé, trata de sujetarle y alejarle con violencia, apurados ya los recursos pacíficos, pero me temo, señor Conde, que así se le conduzca á mayores extravíos exaltándole.

Esta es la historia que yo sé, y por eso hago con tanto interés cuanto pueda volver á Gerardo al buen camino.

La relacion anterior, que con tan buen juicio dirigió el gañan al conde, produjo en este un estremecimiento extraño, porque trajo á la memoria otra, acaso igual, en la que no sufriria menos. Interiormente hizo el propósito de apurar hasta en los menores detalles este amor perseguido, y convencido de que no solo inútil, sino perjudicial podia ser el querer auxiliar la fuga de Gerardo, se limitó á preguntar, que adonde iria á vivir en Sevilla.

—A los Toribios, por lo que entiendo.

—Pero ¿y quién en Sevilla está encargado de Gerardo?

—D. José Romero; el negociante que vive en los Caños de Carmona.

—Basta: sé todo lo que necesito!

Quedaron ambos en tal silencio, que la posada parecía desierta.

(Continuará.)

LA AZUCENA.

A la flor de su cariño,

Que era una hermosa azucena

Envidiada del armiño,

Cantaba celoso un niño

Esta blanda cantilena.

Los céfiros suaves

Me inspiran temores;

Recelos las flores,

Envidia las aves,

Los claros fulgores

Del sol cuitas graves,

Y es toda mi pena

Por una azucena.

El agua y el viento,

El fuego y la tierra,

No hay un elemento

Que no me haga guerra:

Siempre un pensamiento

Contino me aterra,

Y es que cosa agena

Toqué a mi azucena.

El céfiro blando

A sus embelesos

Tributo pagando,

La abruma con besos,

Y yo contemplando

Sus jiros traviesos,

Me muero de pena

Al ver mi azucena.

La dulce corriente

De un manso arroyuelo

Salpica su frente

De gracias modelo;

Y yo, tristemente,

Por todo consuelo,

Sentado en la arena,

Miro a mi azucena.

Si pájaro amante

Sus trinos la envía,

Aunque esté distante

En la selva umbría,

Pierdo yo al instante

Mi dulce alegría.

Y esclamo con pena:

¡Le oye mi azucena!

Encantos de nieve

De rara hermosura,

La luz que se atreve

Con vuestra blancura

La juzgo yo aleve;

La juzgo yo impura:

Ven, noche serena,

¡Guarda a mi azucena!

¡Pobre niño!.... al fin llegó,

En su afanoso quebranto,

La noche a quien invocó,

Y a las sombras de su manto

La azucena encomendó.

Mas al volver, cuando ufana

La rubia aurora teñía

El claro oriente de grana,

Ya en su tallo no existía

La flor que tanto le afana.

Porque valido un traidor

De las sombras de la noche,

Tuvo sobrado valor

Para arrancar de su broche

Aquella cándida flor.

Y diz que el niño seguía

Con su triste cantilena,

Si bien despues maldecía

La traidora noche impía

En que perdió su azucena.

Y cuando en su frenesí
Lloraba sin esperanza,
Cantaba otra voz así:
*Siempre el peligro está allí,
Donde está la confianza.*

J. MORAN.

EPIGRAMAS.

Maldicion! decía un poeta,
maldicion! La he de matar;
¿no se ha de poder amar
sin amar á una coqueta?

Dos oficiales un dia
disputaban con calor,
cuál de dos mejor seria,
si la *prudencia* ó *valor*.

La *prudencia*, dijo uno,
el *valor*, repuso el otro:
riñeron; mas duró poco:
sin *prudencia* no hay ninguno.

J. M. CARVALLO.

UN ENGAÑO.

(Conclusion.)

Diana dijo estas últimas palabras de modo que no las oyera mas que Monteamor; así que las creyó de buena fé. Estas son las frases consagradas que se pronuncian con el íntimo convencimiento de que jamás se presentará ocasion de probar su sinceridad. La nube sombría que cubriera la frente de Monteamor, al oír las palabras de la jóven, desapareció bien pronto; despues levantó vivamente la cabeza como para despedir algunos pensamientos importunos, y el soirée concluyó sin que aconteciera ningun otro accidente.

Al siguiente dia, Diana y Monteamor, arrodillados en la capilla del castillo, aguardaban gozosos la bendicion del capellan. Toda la nobleza que encerraba la Alsacia y la Lorena asistia á esta religiosa cèrmonia. El anciano conde, conmovido y con los ojos húmedos de lágrimas, imploraba las bendiciones del cielo sobre los desposados. El baron de Tervis dejaba asomar á sus labios una sonrisa de triunfo y de júbilo infernal.

Concluida la ceremonia los dos esposos y todos los nobles convidados pasaron á un gran salon, donde les estaba dispuesto un suntuoso banquete. Allí todo era broma, todo regocijo, y cada cual procuraba sacar el mayor partido posible de aquel opíparo festin; únicamente Diana y Monteamor permanecian recogidos y silenciosos. la verdadera dicha y el sentimiento profundo no usan palabras inútiles ni bromas estrepitosas.

Tervis no asistió al banquete.

Cuando llegó la noche pasaron á otros salones brillantemente iluminados. Diana debia abrir el baile con el duque de Osmond, gobernador de la Alsacia. Dióse la señal del wals; ya la jóven se adelantaba al medio del salon con su pareja, cuando el baron de Tervis apareció ante ella, é inclinándose:

—Señorita, dijo fingiendo sentimiento, me es muy sensible venir á desgraciar un dia como este con una declaracion que es de mi deber hacéroslo delante de todos; pero.....

Monteamor, que se hallaba de pie á corta distancia, palideció cuando vió al baron hablar á la jóven.

—Qué es, señor baron? interrogó Diana con inquietud.

—Señorita.... un impostor, engañando mi memoria y abusando de mi imprudente confianza, logró introducirse en mi casa.... y en vuestro palacio. Para burlarse de todos y hacer mas fácil la ejecucion de su criminal proyecto, tomó un nombre falso..... y se dijo príncipe..... Este impostor es Monteamor, un pobre estudiante aleman.... vuestro esposo....

Al concluir estas palabras, todos los concurrentes quedaron estupefactos y se miraron llenos de terror. Diana palideció como una muerta.

—Imposible! exclamó la jóven con voz ahogada.

Monteamor permanecia inmóvil y su vista la tenia fija en Diana con profunda ansiedad.

—Por desgracia es verdad, señorita, replicó el baron ocultando su cruel alegría; y si quereis pruebas, os diré que el verdadero príncipe de Hessé es casado..... pero, sereis indulgente. Monteamor os ha dado demasiadas pruebas de su pasion. Para obtener vuestra mano ha sacrificado su honor, y espuesto, si no su vida, al menos su libertad..... se ha hecho falsario; casi ladron; pues probablemente no podrá restituir los lujosos vestidos que ha tomado prestados, ni el oro que, para ostentar grandeza, ha arrojado en vuestras alfombras.... Estas son pruebas de amor.

—Imposible! exclamó Diana todavía palida y temblando, volviéndose hacia su marido... Responded, príncipe... Este hombre os calumnia, ¿no es verdad?... Oh! sí... falso es cuánto dice!... Responded!

—Es la verdad, señorita; pues me llamo Monteamor.

—Monteamor!... No sois, pues, el príncipe de Hessé?

—Un pobre estudiante alemán es el que amais....

—Oh! Dios mio!... Dios mio!... murmuró Diana vacilante.

—Baron de Tervis! dijo el conde apenas hubo vuelto de su estupor, y como aturdido con la terrible declaracion que le acababa de hacer; os habeis vengado cobardemente, y de ello dareis cuenta al anciano que habeis deshonrado..... En cuanto á este indigno enlace quedará deshecho en el momento!

Y haciendo una seña á sus criados:

—Que este hombre, añadió señalando á Monteamor, sea inmediatamente encerrado en la Torre-Verde.

—Cómo! señorita, dijo Tervis en tono de burla; dejareis prender á vuestro esposo?.....

—Mi esposo!..... respondió Diana moviendo la cabeza con desden, jamás!.....

—Diana, dijo Monteamor con voz conmovida; ayer deciais que aunque descendiera de mi rango seria el esposo de vuestra eleccion.....

—Ayer, replicó Diana sin volver los ojos hácia el jóven, ayer creí hablar con un hombre de honor; hoy no encuentro en vos mas que un impostor cobarde. Monteamor el estudiante..... no puede ser esposo de Diana del Haumont.

Los criados se aproximaron al ex-príncipe para prenderlo, mas el jóven se lo prohibió con un gesto imperioso y salió del salon con la cabeza erguida.

Quando salió el jóven, Diana cayó en un sitial muda y aterrada. El conde siguió á su indigno yerno para evitar su evasion. Los salones quedaron en un momento desiertos; pues los nobles convidados, despues de ofrecer algunos consuelos á la pobre Diana, se apresuraron á alejarse del castillo, donde ya no esperaban mas diversiones; las mugeres disponiéndose á divulgar tan escandalosa historia, y los hombres riéndose de la chistosa venganza del baron y del desden de la orgullosa jóven.

IV.

Quando Diana se vió abandonada de todos, retiro-

se á su habitacion, triste y desconsolada; despidió á sus doncellas para que no participasen de su dolor, pues queria ser sola en su desgracia; y dejándose caer en un sitial, quedó sumergida en un abatimiento profundo: hubiera querido llorar para desahogar su pecho; pero las lágrimas se secaban en sus ardientes pupilas.

Un rato hacia que estaba de aquella manera, quando sintió abrirse una puerta; volvió la cabeza, y un grito ahogado vino á espirar en sus labios: Monteamor estaba delante de ella.

—Sois vos!... dijo la jóven levantándose repentinamente, furiosa é indignada; salid!..... pronto!..... os lo mando!.....

—Diana! murmuró Monteamor en tono suplicante; una sola palabra.... dignaos escucharme....

—Jamás!... salid!....

—Diana, soy culpable.... os he engañado, lo confieso.... pero el amor es mi escusa.

—Vuestro amor! replicó la jóven con desdén; osais aun pronunciar esa palabra!... Vuestro amor, que es la causa de mi deshonra y de mi desgracia!... vuestro amor, que me hará objeto de las burlas del mundo! vuestro amor decis!..... me deshonrais!.. Salid, caballero, no quiero ya mas veros ni oiros!...

—Qué! ni mis ruegos... ni mis lágrimas..... influyen ya nada en vuestra alma?... ¿todo vuestro amor se ha estinguido?... ¿me odiais?....

—No; os desprecio!

Monteamor se estremeció y quedó un momento pensativo; pero despues tomó un aspecto arrogante, y aproximose á Diana cambiando de papel.

—Qué mas quereis? dijo la jóven.

—Qué mas!..... teneis valor para preguntarme qué quiero?... acaso podreis dudarlo?....

—Qué haceis?... exclamó Diana sobresaltada viendo al estudiante sentarse á su lado.

—Soy vuestro marido y uso de mi derecho; replicó el jóven con calma.

—Caballero!... caballero!... eso es ya demasiado abusar.... salid! repito, ó mando á mis criados que os arrojen de aquí.....

—Llamad, señorita; testigos me encontrarán de noche en vuestra estancia y el casamiento no podrá deshacerse.... conseguireis, sí, que me encierren en la Bastilla.... pero llevareis mi nombre!...

—Al menos no os veré mas.

—Diana, escuchadme sin alteraros... un momento..

y si despues mandais que me retire... obedeceré gustoso?... yo mismo ayudaré á que se deshaga este enlace... sereis libre... si quereis!...

—Hablad, pues, dijo la jóven ocupando de nuevo su asiento.

—Ya sabeis que nací con un alma ardiente, sensible, entusiasta, y que jamás hallé á mi lado una amistad sincera... una amiga á quien confiar mi corazon. Todas me han hecho traicion y se han burlado de mi afecto ó de mi confianza!... he padecido cruelmente!... Un dia, oh! jamás se borrará de mi memoria!... despedime de mis falsos amigos, y dejando á mi patria, donde en vano buscara la dicha, vine á Francia. La casualidad me condujo por vuestro camino, os ví, y mi desconfiado corazon se animó con la esperanza de encontrar la felicidad que hasta entonces le fuera negada. En aquel momento solo ansiaba vivir y amar... todo lo que me rodeaba se embellecia ante mis ojos y sentia en mi alma una especie de celeste melodía. Mis miembros temblaban de gozo; mil veces besé las huellas que dejásteis trazadas en la arena y aspiré embriagado el aura que habia acariciado vuestro rostro hechicero!... En una palabra, os amaba. Todo lo que contenia mi alma digno y puro os lo ofrecia, os lo daba!... No podeis figuraros cuánto sufría mi espíritu, cuando surgia en mi mente la idea de que aquella ardiente pasion tendria que ahogarla en mi pecho sin podérsela revelar!...!

De aquel éstasis me sacó un hombre... un demonio!... que hizo de mi amor el instrumento de su odio. Me hizo noble... príncipe, y me dijo:—Será tuya!... Tuve un momento de vértigo, estaba como loco... y... consentí.

Mi amor era ardiente, verdadero, y no podia permanecer oculto: la franqueza de aquel hombre y sus pomposas proposiciones me hicieron concebir una esperanza; sí, vida mia, la esperanza de hablaros y declararos mi amor. Aquel afan, aquella idea de encontrar la dicha me cegó!... y dejeme arrastrar hácia el precipicio, sin reflexionar en el imponente abismo que me abria bajo mis pies!... Mil veces, sin embargo, quise descubrir el criminal artificio de que íbais á ser víctima; mil veces quise deciros la verdad; pero me detuve. Y... hablar ahora... ¿no es esto perderos?...

—¿Y no es pérdida la inmensa fortuna de Diana del Haumont?

—No, Diana; yo no quiero más que vuestro amor.

Mi crimen es el haber creído locamente que el exceso de este amor lograria conmoveros... pues aunque estudiante oscuro y desconocido, no soy tan pobre como se os ha dicho. Muy diferente opinion tenia formada de vos. Vuestro título, vuestras riquezas, ay! si vos las despreciárais como yo las desprecio; si como yo conoci'rais este mundo cruel y falso... con qué placer, con qué gozo os refugiariais en este corazon deshecho en fuego de amor!... Ah! si tal hiciérais, me tendria por el hombre mas feliz de cuantos existen sobre la tierra... Oh! Diana, Diana, si supiérais cuánto os amo!

La voz de Monteamor era tan tierna y apasionada; estaba tan bello arrodillado ante la jóven revelándola los sentimientos de su alma, que Diana conmovida, á pesar suyo, volvia la cabeza para no verlo; pero no osó retirar la mano que la tenia cogida.

—Diana, no hallan eco mis palabras en vuestro corazon?... ese orgullo, no cederá al atractivo de tanto amor?... Sacrificareis al mundo á un hombre que daria cien veces la vida por vos? Diana, una mirada, una leve sonrisa bastará para volver la calma á mi corazon.....

El dia en que ese orgullo desvanezca hasta el último vestigio de esta union que maldecis; cuando ya nada quede de este pobre insensato que diera su vida por oír de vuestros labios:—Te amo!...—entonces volvereis alegre y risueña al mundo, y dareis á un cualquiera ese corazon que me habeis consagrado... esta mano que me pertenece... que abandono, dispuesto á dejar la vida por hacer vuestra felicidad.

—Oh!... no, caballero, jamás daré á otro el amor que os he jurado!... Os he amado y seria incapaz de hacer tal cosa; mucho menos de acriminaros el mal que me habeis hecho; y si en el salon, cuando el baron os descubrió, me mostré ofendida, no fué por vuestra oscuridad, si no por haber sido empañada mi nobleza: bastante siento el encontraros indigno de mi... este es mi corazon... Mi tio no os perdona; tiene en su mano vuestra libertad... y os la quitará... Respecto á mí, los cerrojos de un convento se abrirán mañana: iré á las sombras de un claustro á llorar mi desgracia.

—Diana! supuesto que no me odiais... podreis perdonarme?...

—Las murmuraciones del mundo, sí... pero lo que habeis hecho padecer á mi corazon... no me siento con fuerzas para ello.

—Ah! si considerárais que solamente el amor es el que me ha perdido.... Si considerárais que no es un hombre del pueblo, sagaz y cobarde, sacrificando su honor por obtener una fortuna, el que teneis delante, sino un desgraciado arriesgando su vida por ser amado de vos... seguro estoy de que le perdonaríais, y que dejaríais el mundo, no ya para sepultaros en un convento, sino para seguir siendo su esposa.... No le daríais vuestras riquezas; pero iríais á participar de su oscuridad y á darle la felicidad.... Ah! si tal hi-ciéseis, Diana, seríais la mas noble de todas las mu-geres.... mi vida no sería suficiente para pagar tantos beneficios.

Diana temblaba como la hoja en el árbol, su co-razon estaba comprimido y abundantes lágrimas roda-ban por sus rosadas mejillas: la voz de Monteamor había renovado todo su amor.

—Dios mio! qué dirá el mundo? murmuró la jóven, luchando consigo misma. Oh! me es enteramente im- posible!.... Pero vos podeis huir, no quiero vengar- me, no! La venganza no me restituirá lo perdido.

—Huir! solo, desgraciado y llevando en el fondo de mi corazón este amor ardiente que acabará por quitarme la vida! No, Diana; aguardaré que la ley deshaga nuestra unión.... y que las puertas de la Bastilla se abran para mí.... Qué espero yo ya en el mundo?....

—No veis que por haber tomado falsamente el tí- tulo de príncipe y engañado á una familia noble.... os pueden condenar á un suplicio!

—Qué me importa!... para qué necesito vivir?

—Pero yo no quiero.... no consiento que os qui- ten la vida.... Monteamor, si me amais, partid!.... y me evitareis el dolor de veros en manos del verdugo.

—Ya os lo he dicho, Diana, únicamente á vos es á quien quiero.... sin vos no podré vivir.... moriré contento....

—Os lo suplico, partid!.... no exigiré que se des- haga nuestro enlace.... mi corazón os seguirá adonde quiera que vayais.... os daré todas mis riquezas....

—Ah! me ofreceis el oro en cambio de vuestro amor.... oh! señorita, guardad vuestros tesoros que nada valen para mí y dejadme morir....

—Pues bien! replicó Diana con los ojos preñados de lágrimas; partid!.... y llevadme!

—Oh! cielos! qué es lo que oigo!... ¿es sueño!.... Pero no, os burlais de mí....

—Soy vuestra, llevadme!.... pero que sea pronto....

antes que reflexione.... antes que recuerde.... lle- vadme!

—Y qué! descenderas de tu rango.... y te vendrás conmigo!

—Ya que no me es posible elevaros hasta el mio....

—Ah! pues partamos! un momento puede perjudi- carnos....

—Escuchad, estas joyas y este oro.... pueden ser- virnos: pues mi fortuna la abandono, no quiero vivir mas que para vos, Monteamor.

Monteamor la contempló un momento embriagado de alegría; y despues dijo.

—Ah! no, Diana, dejad el oro y las joyas: vues- tro tio ha preparado un carruage para mi fuga y me espera en la puerta del castillo, partamos.

—Mi tio!.... noble corazón! y yo le abandono!

—Diana, replicó Monteamor deteniéndola: antes de pasar adelante, vienes gustosa?... ¿sabes que todo lo dejas por mí?

—Sí, sí, ya he sufrido demasiado.... dichosa ó desgraciada, mi destino está en tus manos, te confío mi vida y mi alma: partamos!

Monteamor cubrió á la jóven con su capa; salieron de la estancia y atravesaron las galerías del castillo sin encontrar á nadie. Pasaron el puente levadizo, y al otro lado del foso un coche esperaba á los fugitivos. Cuando Diana y Monteamor ocuparon su asiento, el látigo del cochero crujió sobre los robustos lomos de un magnifico tronco de caballos, y el carruage partió rápidamente. La jóven apoyó su preciosa cabeza en el hombro de su marido y lloraba en silencio.

—Diana, amada mia! dijo Monteamor cariñosa- mente; todavía es tiempo, dí una palabra y te condu- ciré al castillo....

—No, no; perdonadme, Monteamor, es un recuerdo á mi segundo padre que llorará mi pérdida mañana; mis lagrimas son el último adios á él y á mi pais, que no volveré á ver.... que abandono por vuestro amor!....

Monteamor la estrechó lleno de júbilo contra su corazón; sus besos disiparon las lagrimas de la jóven, y sus lábios no pronunciaron durante la noche mas que palabras amorosas....

Quando apareció el alba, la jóven dormía apoyada en el hombro de su marido que contemplaba en silen- cio su pura frente radiante de amor. Así que despertó sus ojos se encontraron con las miradas apasionadas del estudiante. Rango, fortuna, todo lo había olvidado.

—Viajaron todo el dia, y serian las diez de la no-

che, cuando el carruaje pasó bajo las abovedadas puertas de una ciudad alemana, cuyas calles estaban ya casi desiertas. El pesado coche rodó todavía algunos momentos y se detuvo en un callejón estrecho y sombrío.

—Dónde estamos? preguntó Diana con el corazón oprimido.

—Delante de la humilde morada de mi padre, vida mía.

Abriose la portezuela del coche, y habiéndose bajado Monteamor recibió en sus brazos á la trémula jóven. Entraron por una pequeña puerta abierta en un negro paredón, y siguieron por una larga calle de árboles. La oscuridad de la noche, y el sepulcral silencio que reinaba en aquellos solitarios sitios, solo interrumpido de vez en cuando por el lúgubre eco de una campana ó el revoloteo de alguna ave nocturna, entristecía á la tímida jóven, que caminaba apoyada en el brazo de Monteamor.

El estudiante se detuvo en una especie de plazuela y abrió una puerta, diciendo:

—Venid, noble amiga.

La jóven le siguió sin responder y subieron por una escalera estrecha y sombría. Al llegar á lo alto se abrió bruscamente una puerta y Diana quedó deslumbrada por un torrente de luz.

Sin embargo Monteamor la conducía de la mano. Un murmullo de voces la hizo abrir los ojos y quedó estupefacta sin saber lo que le pasaba. Era ilusión? ¿soñaba? ¿estaba despierta?.....

Diana se encontraba en un magnífico salón adornado de terciopelo y oro, sus pies hollaban una rica alfombra de Persia; las flores más extrañas impregnaban la atmósfera con suaves perfumes, y colosales arañas, pendientes de gruesas cadenas de plata, daban á todo aquello un aspecto regio al par que sorprendente.

Cinco ó seis caballeros se aproximaron, y uno de ellos, que se distinguía por su aspecto venerable, se inclinó diciendo:

—¿Cómo lo han pasado vuestras altezas en el viaje?

—Perfectamente, querido barón. Señores, añadió Monteamor con voz sonora, el invitaros á que asistierais esta noche á palacio ha sido con el objeto de presentaros á la princesa de Hessé, mi esposa.

—Dios mío! es esto un sueño? murmuró Diana para sí.

—La señora princesa viene de Francia; dijo un gentil-hombre de cámara: la Alemania y la Francia son hermanas, y los dichosos vasallos de vuestra alte-

za bendicen gozosos este enlace, que llena todos sus deseos.

—Permitidme, querida sobrina, ofreceros mis primeras felicitaciones.

—Amado tío!... vos aquí? exclamó Diana echándose en los brazos del anciano conde.

—Sí, hija mía, he llegado dos horas antes que vos, para recibir en mis brazos á la bella princesa de Hessé.

—Gracias, señor conde, dijo Monteamor; gracias señores. La princesa necesita de reposo. Esperadme en los salones: al momento voy á reunirme con vosotros.

—Dónde estoy? exclamó Diana cuando se quedaron solos. Es ensueño?...

—No es sino realidad, Diana. Ya no es tu esposo el oscuro estudiante, sino el príncipe de Hessé. Arrastrado por la fama de tu hermosura, partí para Francia. Un hombre, engañado por mi disfraz, me propuso un artificio indigno, sin duda para vengar algún resentimiento que tuviera de tí. Yo debí castigar su insolente osadía descubriéndome, después de asegurada tu felicidad; pero no pudiendo resistir al deseo de ser amado de tí, despojado de todo título, prolongué el artificio cuanto me fué posible. Únicamente cuando me ví hostigado por el conde lo confesé todo; y como consintiera en secundar mis proyectos, corrí á tentar esta feliz prueba, cuyos resultados no podía prever. Lo demás ya lo sabes. Tu noble corazón no se ha desmentido, y tú, querida Diana, me has dado la dicha para toda mi vida. ¿No me perdonarás ya lo que te he hecho sufrir?.....

—Perdonarte!... cuando tú tienes que sospechar de mí..... Y si hubiese cedido á la seducción del estudiante?

—Entonces te hubiera hecho ver que podías amarme sin deshonorarte..... pero no sería tan feliz.

—Y el barón de Tervis?

—Ya sabe que ha sido engañado por el estudiante alemán.... Pero, mi perdón, Diana...

—Vuestro perdón!..... ah! soy ya demasiado feliz para perdonaros..... feliz! no de encontraros príncipe sino de encontraros con un corazón noble y leal en vuestra conducta..... porque no puedo amarte más de lo que te amo, querido Monteamor!!!...

—Monteamor! dadme siempre ese nombre, Diana, que me recordará el día más feliz de mi vida.

MARIANO MANTILLA.